

# COSQUILLAS

30 céntimos



- Oye, Justina: ¿Tu novio, es de Caballería?  
- No, señorita; es de Zapadores minadores.

(Dib. de Demetrio y Picó).

Biblioteca Regional de Madrid





**Las bellas del cinematógrafo.**

---

Louise Farena, en la divertida cinta del Programa "Empire" Verdaguier, titulada "Ligeritas de cascos".

Foto: Verdaguier.



# COSQUILLAS

REVISTA COMICO  
SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:

EDITORIAL 1927

Martin de los Heros, 65

Toda la correspondencia al apartado 8.632

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II

Madrid, 11 de Junio de 1927

Núm. 37



## Cositas en estado de feto

por

### “El Chino desconocido”

DIALOGO ENTRE DOS ALQUILADORAS DEL ANTIGUO REGIMEN COCOTESCO

—Chica, esto ya no es como hace cinco años, sin ir más lejos.

—¡Y que lo digas: ha cambiado!

—Como que *denantes*, con que se lavara una los pies una vez a la semana, si es que la estorbaba a una el *calzao*, ya era bastante aseo.

—¡Igual que ahora! Que si no se baña una *cuanti* que no sea *na* más que una vez a la semana, se lo notan a una... ¡Y eso el cuerpo!

—¡Calla, chica, que con esto de

las modas no gana una *pa* jabón y colonia.

—¡Y lo que desgasta el baño!

—A mí me *ha* acostumbrado una francesa que vive en mi casa, que es una mujer que se pueden comer sopas en su cuerpo.

—¿En dónde?

—En su cuerpo.

—*Pos* yo en el verano, aun aun; pero lo que es en el *ivierno* no ha *nació* el que me haga coger una *pormonia*.

—¡Di que sí, chica; y, además, que en donde hace falta la *curiosidad*, es donde hace falta.

DIALOGO ENTRE DOS ACOMODADORES DE UN “CINE” ELEGANTE

—Chavó, qué nevera de niña, ¡*Tas* fijao?

—¡*Pos* no me he de fijar si está enseñando la apendicitis!

—Es una gachí de *bandera*, ¡y tiene unos caprichos!...; ahora *la dao* por extender la mano cuando voy a acomodar a alguien, y me tapa la linterna; y el otro día retiré la linterna, ¡y *pa* qué te voy a narrar...!

—Se pondría *colorá*.

—¿El qué?

—¡La señorita!

DIALOGO ENTRE DOS NIÑAS PERAS

—¿Cómo se porta ese chico en sociedad?

—Brutal, chica; sobre todo, en el cine. Todavía no hemos llamado la atención, y es que el gachó hace lo que le da la gana con una despreocupación tan elegante, que se hace el amo de la reunión.

—¿Y en caso de matrimonio, puede hacer frente a sus obligaciones?

—Yo creo que sí, porque... yo creo que tiene bastante.

DIALOGO ENTRE UN SERENO Y EL INQUILINO DEL 4.º DERECHA

—¡Calle *usté*, señor Ulpiano! ¡Valiente raposa está su vecina de *usté*!

—Sí parece que desprecia sus carnes más de la cuenta.

—¡Pero sin gracia y sin provecho, señor Ulpiano! Antinoche, sin ir más lejos, hizo su *cámara nucia* en la escalera.

—Que tendrá buen *corazón*; ¡digo yo!

—¡Lo que tiene es una gana de retozar que no se *pué* pasar media hora sin rematar la escena del sofá!

SE HA PUESTO A LA VENTA EL SEGUNDO NÚMERO DE LA BIBLIOTECA DE “COSQUILLAS”

30 CÉNTIMOS







## COMENTARIOS DE UN DEMENTE

### Las alegres chicas de Berlín

¡Qué ricas! ¡Qué tiernas! No creía yo en la existencia real, pero viven, alentan, saltan, brincan y escarabajean. ¡Qué moninas algunas de ellas! Yo fui a la Zarzuela la otra noche creyendo que no iba a divertirme poco ni mucho... ¡Liliputienses!... No me interesaban los liliputienses. No creo que sea como para exhibirse el haber nacido pequeñito de cuerpo. "A los hombres no se les mide por la estatura; se les mide por los hechos", me decía mi abuelo al ver lo perezoso que yo era para crecer, pensó que me quedaría enanillo. Y, en efecto, así me dió yo a los hombres y consideraba que hay muchísimos más enanos que lo que parece a primera vista. Por eso, el anuncio de que venían liliputienses a la Zarzuela no lograba despertar mi curiosidad... Pero, llegué al teatro y me hizo una impresión formidable la presencia de las liliputienses alemanas; las auténticas, las verdaderas, las celebradas chicas de Berlín. Véanlas y opinen. Hay tres o cuatro miniaturas deliciosas; una gordezuela y bien plantada, que se parece a la Fenor; otra rubita, de grandes ojos azules, que recuerda a Selica Pérez Carpio; otra morenucha y vivaz que es la edición de bolsillo de Teresita Saavedra... Pero no crean ustedes que se trata de unas chiquillas. Son mujeres y bien mujeres, con más de veinticinco años cumplidos y todos los atributos de la madurez. He tenido el honor de ser presentado a ellas y puedo asegurar que son inteligentes, divertidas y provocadoras.

Provocadoras, sí. Lo declaro con rubor. No está bien aparecer como corruptor de menores. Comprendo que se alarmarían los gazmoños, viendo a un sujeto de mi porte—talla media, sin embargo—intentando un "flirt" con una se-

ñorita que apenas si me llega a la cintura... Pero ustedes, en mi caso, habrían hecho lo mismo.

Ahora, que me considero en el deber de prevenir a ustedes que la cosa ofrece sus peligros... Yo tenía decidido el rapto de una de esas señoritas y, a ese fin, dejé caer sobre ella, como al descuido, mi gabardina, con ánimo de, al recogerla, apoderarme de la dama, para llevarla en un bolsillo hasta un reservado de "Los Gabrieles". Cuando tenía realizado el truco, un caballere de unos sesenta centímetros de altura se sintió galante y, al levantar mi abrigo descubrió a la muchacha.

¡El tal no es más que un formidable atleta que levanta con los hombros un caballo con su jinete y que ha domado a trallazo limpio, no menos de cuatro grandes elefantes! Fué para mí un momento de eminente ridículo.



EL QUE LAS ENTIENDA..., por Picó.

El.—¡Yo no creo que sea motivo para pegarme una bofetada el que le haya dicho que la voy a dar un beso!...

Ella.—Pero si es motivo, el que no me lo haya dado antes de decírmelo.



La damita me contempló con sorna... ¡Era posible que me achicase aquel pigmeo!... ¡No me servía de nada mi estatura!... El hombrecito, entre vavas y veras, me instó a medir nuestras muñecas. Y fué la ingrata la que nos las midió con una cinta de

su vestido... Yo entiendo mal el alemán, pero comprendí lo que aquel pelele la dijo a la muchacha:

—“¡Redonda y más pequeña que la mía!”...

Y, al punto me esfumé...

LEOPOLDO BEJARANO



Vivac de Ruausa (Sumata)

Amigo Incórdiez: Sucios todavía de polvo y con siete costillas fracturadas, luxación del maxilar inferior a consecuencia del revolcón producido por la lectura de tu estupefaciente y descachifollante revista, y temblando de emoción todavía nuestros miembros por la estática contemplación de las descomulgantes damas que posan ante el objetivo de su compañero Wa'ken, nos atrevemos tímidamente desde esta inexplorable región de Sumata, a solicitar a tu faz inalterable, insertes nuestros nombres en las amplias y rebosantes columnas de tu exquisita e hilarante revista a ver si logramos conmover el pétreo corazón de tus bellas y estupendas lectoras.

Gracia que no dudan alcanzar de tu corazón hipertrofiado que nunca supo amar se despiden de ti hasta los “mega'ocoriocitos de Bambeke”.

Juan J. de Apellániz. Antonio Navarro. José Carreño. Miguel Cano. Francisco Cánovas. Ricardo Sáenz.

Tenientes de Regulares de Larrache núm. 4, 4.º Tabor.

Alcazarquivir.

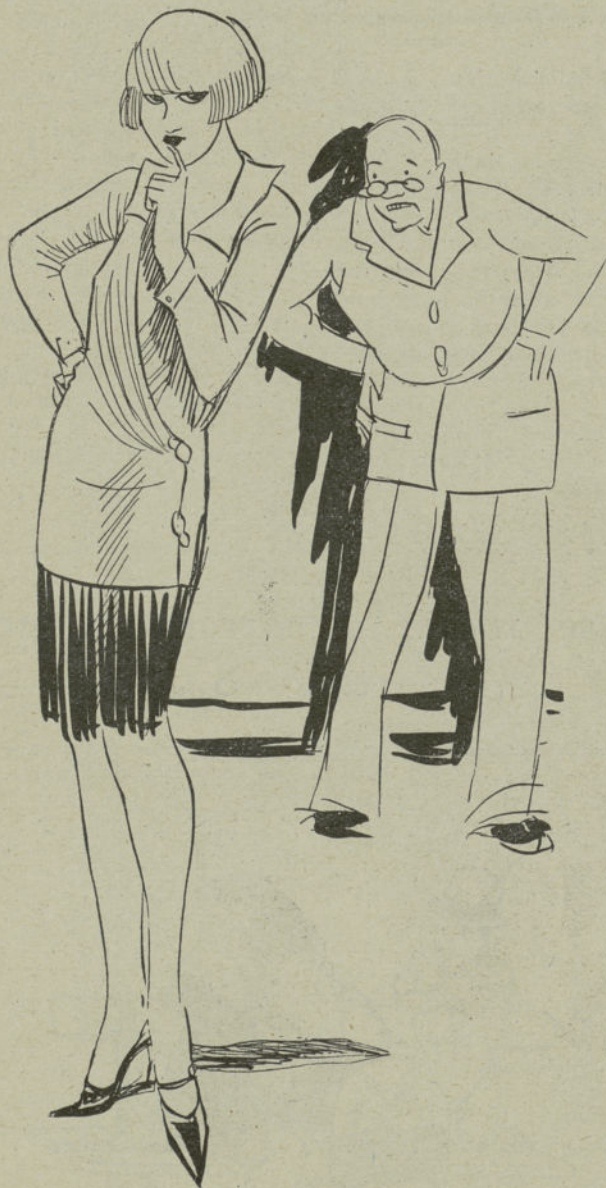
P. D. Esperamos de tu rumbo-famosidad en el orbe entero que nos mandes un ejemplar del número en el cual vengan nuestros nombres.

Abur, “méndigo”

Adiós Incórdiez y disimula.

\*\*\*

Queridos señores míos: Os envío mi corazón para que hagáis de él una tienda de campaña, pero no os puedo enviar el ejemplar porque me tendría que pesar de tiros con mi dilecto amigo el correspondiente en esa plaza don Manuel Costequeij a quien quiero mucho. Por lo demás, se ofrece de limpiabotas vuestro. INCÓRDIEZ.



EL MARIDO VIEJO, por Picó.

—¿Tú te crees que está bien visto que teniendo yo sesenta años tengas tú un primo tan joven?

—Yo no sé si estará bien visto; pero yo, de todas maneras, procuro que no le vea nadie.





# Cosas de Belorcio

¡Pero, qué idiota!

—Vamos, mujer, que ya eres mayorcita, no digas esas estupideces.

—Que sí, señor Belorcio; que es verdad. Todos están muy contentos en mi casa...

—Pero si no es posible..., o tú no te has explicado.

—O usted no me ha entendido.

—Vamos a ver, repítelo.

—Verá usted. Hace unos 'quince días..., ¿quince días? Me parece que no hace tantos. ¿Diez?... No, no, más... ¿Doce? Creo que sí; unos doce días...

—Mira que es grande esto de que las mujeres no llevéis bien una cuenta...

—Bueno, déjeme *usté* en paz, señor Belorcio, que es *usté* muy mal pensao.

—Sigue con tu cuento, hija mía.

—Bueno, pues verá. Hace unos días, salíamos del cine mi Gerardo y yo. ¿*Usté* no conoce a mi Gerardo?

—Sí, de vista; continúa.

—Estábamos de monos. Se había puesto un empujón en el cine y como a mí no me gustan esas cosas, pues ahí verá *usté*.

—¿Dónde?

—Que le puse morro... El, que es muy gitanísimo, no hacía más que darme coba, pero yo, como si no. Y de esta *conformidá*, lleguemos...

—¿Dónde?

—Si *usté* no venía...

—Que se dice "llegamos", pequeña.

—Bueno, pues llegamos al escaparate de una tienda de esas donde venden patos y patas y gallinas y pollos y po...

—¡Muchacha!

—¿Pero qué nos reimos viéndolas!; iba a decir.

—¡Ah, sigue!

—Pero lo que nos llamó más la atención, fueron unos huevos como sandías...

—¡Qué espanto!

—Sí, señor. "¿De qué son esos huevos?", le pregunté yo a mi Ge-

rardo. Y fué mi Gerardo y me dijo, dice: "Son de elefante". "¡Amos, anda!", le dije yo; "miá tú que de elefante. Pero si los elefantes no nacen de los huevos." "Eso era antes" me contestó mi Gerardo, que lo sabe *tó*, "ahora es distinto. Un sabio austrohúngaro ha descubierto un truco químico y los elefantes salen como los pollos. Lo que pasa es que para empollarlos hay que meterlos en la cama con uno y tenerlos ocho días sin moverse de su lado. Y luego, salen unos elefantitos preciosos como patitos pequeños". Me quedé *asombrá*.

—Muy justamente.

—Pero no me lo creí del *tó*. Y yo que no y él que sí, pues que me decidí y entré por un huevo.

—"Hala—le dije a mi Gerardo—vámonos a empollarle". "¿Los dos?" —me preguntó muy contento, no sé por qué...

—Jovial que debe ser el mozo.

—"No, tonto", le dije. "Yo sola". Y me preguntó él: "Y, ¿te vas a estar ocho días en la cama al *lao* de un huevo?" "¡Es verdá!" "Trae—me dijo, cogiéndome—. Yo me lo llevaré. Diré en mi casa que estoy malucho y me estaré ocho días en la cama, a ver qué sale".

—¿Y lo ha hecho?

—¡Que sí, señor! Ocho días me he *pasao* sin verle... Conque anoche, me fuí a su casa y allí, en la cama, estaba el pobre, con el huevo al *lao*.

—¿Viste tú el huevo?

—No, señor, que no me atreví a destaparle. Pero le pregunté...

—¿Al huevo?

—A Gerardo. Le pregunté: "¿Has *notao* algo?" "No me atrevo a tocar"—me dijo: "pero me parece que empieza a salir un colmillo.

BELORCIO.

## Diríjase toda la correspondencia al Apartado 8.032



—¿Y dice usted que la niña hace versos?

—Sí, señor, y muy buenos; como que en el barrio, todo el mundo dice que es más que Zorrilla.





Demetrio

LAS SEÑAS, por Demetrio.

—Esta tarde vendrá un señorito joven, alto, que ya ha estado otra vez; te voy a dar sus señas...

—Ya sé quién es; no me dé las señas, la señora, porque las tengo todavía marcadas en la cadera.



## El veraneo en la antigua Grecia

El balneario, ese oasis minero-medicinal en la hosca actividad humana, cuyas aguas suelen sentar bien si va solo el enfermo y pesimamente si le acompaña toda la familia, tuvo su origen en la Grecia homérica, aquella Grecia de égloga, toda abundancia, donde hasta las flautas eran de Pan, país de belleza remota, de mujeres de línea correcta y narices griegas, cantadas en odas por Píndaro y Homero, siempre dedicados a estos poéticos menesteres, que ya tan pesados se pusieron que Apolo, el padre de las musas, tuvo que dar a Píndaro este consejo, que ha quedado en nuestra era como sana máxima moral: "Has sonetos, pero no odas".

Esculapio, con el capitalito bien saneado que le producía la cátedra y el ser especialista de 105 Sociedades benéficas, fundó, a guisa de ensayo, el templo-sanatorio de Trika, en Tesalia, extendiéndolos luego a Epidauros y Cos, poniendo en comunicación unos con otros por medio de una bien servida línea de autobuses.

La vida en estos templos era algo agradable: en cuanto llegaba un enfermo, le veía el médico de guardia y tras cobrarle la visita y la estancia por anticipado, los introducían en una solución de lejía y asperón, para alejar toda impureza del alma; a la mañana siguiente, los purgaban con café de ese que regala una vajilla en kilo, y los frotaban las plantas de los pies con nieles de camello sagrado, para quitar toda influencia maléfica y poder entrar en el templo de Esculapio con esa virginal inocencia que suele tener la mujer entre el segundo y tercer año de su vida.

Los templos de Esculapio eran algo grandioso, situados a la orilla del mar o de uno de los muchos lagos que existían en Grecia, ahora desaparecidos por los constantes cambios de Gobierno, pues si un rev se lleva dos lagos, un presidente de la República se lleva la...

mar. Estaban rodeados de espléndida vegetación: el aligustre, el eucaliptus, el árbol del mentol y la cocaína, la enredadera balsámica que formaban la copaiba, el guayacol y el azul de metileno esmal-



SOLILOQUIO, por Picó.

*Caballero, me gusta usted de una manera irresistible. Si yo en vez de estar dibujada fuera de carne y hueso, me iba a ver tornasolada para ser una joven decente.*

taban como azules florecillas; tenía el jardín la virtud terapéutica de un polifármaco asombroso. El templo era algo grandioso: columnas y columnatas en mármoles de irisados tonos; ventanales amplios por donde entraban, ora las salutíferas sales marinas, ora las emanaciones de las terapéuticas

plantas, ora... algún griego despreocupado, que se llevaba una sacerdotisa o un objeto del culto. En el centro estaba el altar con la imagen de Esculapio, con mitra, gafas ahumadas y un impermeable de los llamados de trinchera, que desde tiempos prehistóricos no le sienta bien ni a... los dioses; en una mano tenía el símbolo de la Medicina y en la otra un platillo, signo del honorario médico.

El enfermo se acostaba, para su curación, en el templo, en las gradas del altar, y como es cosa natural, al acostarse, primero roncaba y al poco rato soñaba que Esculapio, el dios curativo, descendía de su altar y al oído les iba diciendo los métodos terapéuticos, concernientes a cada caso.

A la mañana siguiente, cada enfermo contaba al asklepiade de turno el sueño tenido, el cual, en combinación con el dueño del templo-balneario, le daban la interpretación que más le convenía, si el cliente era de *postín* le recomendaban estancia indefinida, licores y aguas de mesa en las comidas, y una griega de postre.

El enfermo, contento y gozoso, pasaba en los templos largas temporadas, siendo una saneada fuente de ingresos para los poco delicados médicos griegos.

Antes de abandonar el enfermo el templo tenía que dejar, en acción de gracias, un ex voto, en marfil, oro o plata, con la forma del órgano; costumbre que, según leo en la monumental obra de Brauns, *Geschichte des Medicinischen*, hubo que abolir, por inhumano, pues cierto rico propietario heleno, que padecía una orquitis crónica, al verse curado quiso hacer cierto regalo en oro costosísimo, por ser de tamaño natural, pero que no encontraron en el templo sitio donde prudentemente colocarlo. Para evitar estas fantasías escultóricas entregaban el valor del regalo en billetes, y el dios tan contento.

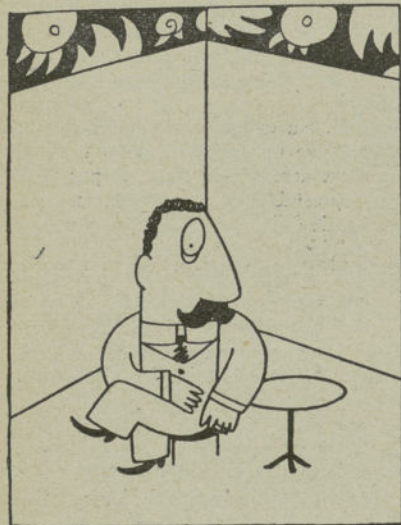
FÉLIX HERCE.

*El próximo número de la Biblioteca de COSQUILLAS, contendrá los mejores cuentos alemanes de Be lorcio.*

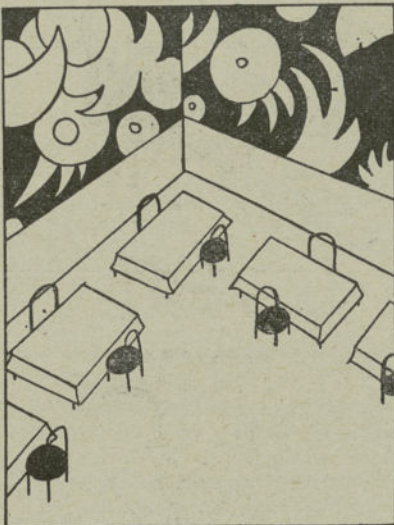


REPORTAJES GRAFICOS

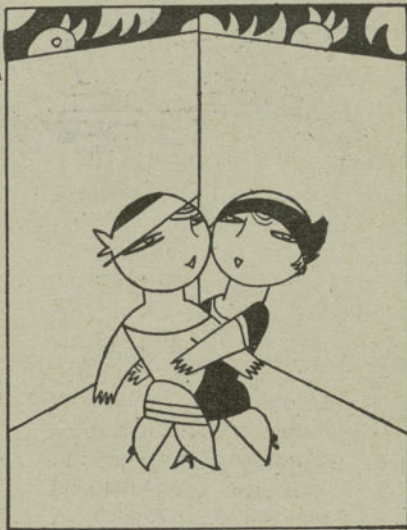
EL «PICADILLI'S GARCIUL'S», por Mihura's



1.—Don Pedro García, dueño del cabaret "Pica dilli's Garciul's". Para hacerse esta "foto" junto al velador de la derecha, don Pedro tuvo que estarse sin dormir hasta las cinco y cuarto de la mañana, hora en que se desocupó el salón. Así es, que más que el mueble en que se apoya, el velador es don Pedro, cosa que tiene mucha gracia.



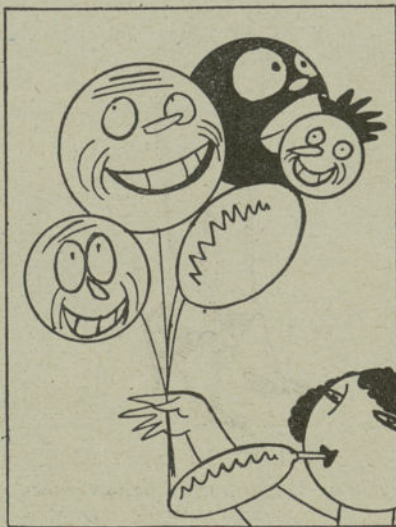
2.—Aspecto que presenta el cabaret de siete de la tarde a cinco de la mañana y de cinco de la mañana a siete de la tarde, viéndose bien a las claras que aunque diga la gente que en estos lugares no hay más golfos y desocupados, es mentira. Porque los únicos desocupados que hay en este cabaret son los asientos.



3.—Matilde Ruiz y Jacinta Rodríguez, tanguistas del salón que por cinco duros y un vermouth se pasan la noche dando vueltas. Ocurriéndoles todo lo contrario que a los camareros que se les dan cinco duros y no dan la vuelta ni en broma.



4.—El cantante de tangos argentinos "López" (1), y su guitarra (2), que tienen un gran partido entre las señoras mundanas. En lo único que se diferencian la sonanta y el cantante, es en que mientras el segundo tiene cuatro tías locas, la guitarra tiene seis cuerdas.

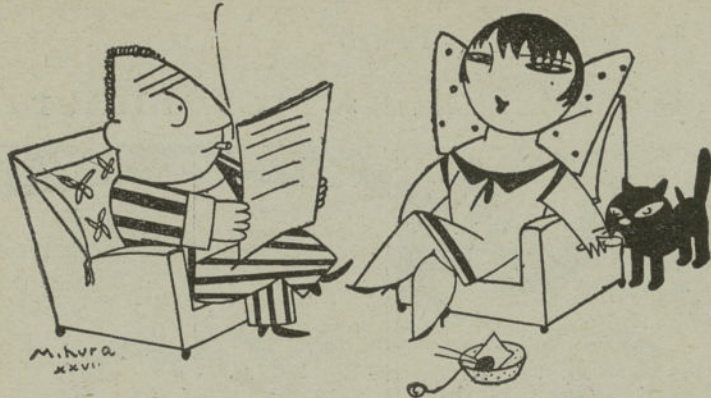


5.—Pitos y globos grotescos con los que se obsequia al público nocturno, para poderle "clavar" a la hora de la cuenta. Pues en este cabaret, como en todos, a nada que se tome sube la cuenta un horror y con los globos sube mucho más.



6.—La gigante "Elena" que mide dos metros diez de altura y que con sus bailes es el éxito del local. Esta artista tiene la novedad de dejarse medir con mucho gusto por cualquier señorita que lo desee y que dude de su estatura. Y tanto disfruta con demostrar a las mujeres que no se quita ni un centímetro, que, la hemos preguntado que es lo que más le gusta, y dice que una señora la mida escrupulosamente.





## YO NO PUEDO CASARME

### NOTA CURIOSA

"En este artículo que van a tener ustedes el gusto de leer, hago unas confesiones que me sofocan igual que un abrigo de pieles y una bufanda de los Pirineos en el mes de julio. Pero necesito abrir mi corazón para vivir tranquilo, y lo único que siento es no poder abrir con la misma facilidad una caja de caudales y entonces es cuando viviría con mucha más tranquilidad, y cuando les iba a contar a ustedes todas estas historias, Rita Rodríguez, que es muy amiga de mi hermana."

### PROLOGO BREVE

Confieso que yo nunca había pensado en casarme.

Esto siempre me ha parecido idiota como tocar la pandereta.

Siempre he creído que un hombre puede pasarse tres meses sin una mujer y sin un mechero.

Pero el otro día he hecho una observación que me obliga a casarme cuanto antes.

Verán ustedes cómo fué.

### LA OBSERVACION

Yo estaba en el cine con una chica, amiga mía, que se llama Pilar y con un amigo que me acompañaba y que se llama Juanito. El segundo estaba a mi izquierda y la primera a mi derecha. Todo el salón estaba a oscuras. En el lienzo se pasaba una cinta que yo no veía porque estaba muy entretenido pensando en que al día siguiente tenía que cortarme el pelo.

Los músicos tocaban un tango.

Los acomodadores fumaban un pitillo.

El público estaba sentado.

La encargada de los lavabos hacía punto de media.

Las butacas estaban numeradas y puestas en fila.

Todo estaba en perfecto orden.

Pero como a mí todo aquello no me divertía lo suficiente, pensé en rozar con mi pierna la de mi amiga.

Esto es una cosa que se suele hacer mucho en el cine y en el tranvía de los Cuatro Caminos.

Y establecí un contacto con la pierna y el principio del muslo de Pilar.

Esto me distrajo mucho y pasé unos diez minutos muy satisfecho de la vida.

Más al moverme en la butaca para cambiar de postura, rocé involuntariamente la pierna de mi amigo Juanito, que estaba sentado al otro lado.

Y entonces es cuando hice mi observación trascendental.

Mi amigo tenía una pierna igual que mi amiga. Puede que la de Pilar fuese más bonita y más torneada; pero esto yo no podía apreciarlo con el simple contacto de mi pierna.

La pierna de mi amigo y de mi amiga, despedían el mismo calor y remataban igualmente en un zapato cosido y algo empolvado.

Como la sala estaba a oscuras, yo no veía bien la cara de uno ni de otro.

Igual la pierna de Juanito podía pertenecer a un cuerpo tentador y a una cara de ojos soñadores, que la de Pilar a un cuerpo de mozo de cuerda y a un rostro de idiota con bigote recordado.

Y, sin embargo, yo juntaba mi pierna a la de mi amigo y como si la juntase a un armario de luna, y, por el contrario, establecí un contacto con la pierna de Pilar y me embriagué de voluptuosidad.

Y entonces saqué dos consecuencias y una mano que tenía metida en el bolsillo del pantalón:

"Que el hombre es algo imbécil."

"Y que los imbéciles necesitamos una mujer a quien poder rozar las piernas con frecuencia."

Y como lo mejor para rozarle todos los días las piernas a una mujer es casarse, decidí casarme.

### MI DOLOR

Pero yo sufrí una barbaridad.

Sufro como si me diesen martillazos en la campanilla o como si me hubiese caído una mancha en el traje, nuevo.

Yo comprendo que la vida de casado es deliciosa.

Yo comprendo que el hombre debe casarse y crear un hogar.

Yo comprendo que hace muy bonito estar en una butaca leyendo *El Sol*,



Créanme ustedes: Es una desgracia el ser guapa, porque t



mientras que nuestra tierna compañera, en otra butaca, se deja lamer una mano por una gata de Angora.

Yo comprendo todo esto.

Pero yo no puedo casarme por una razón convincente y brutal.

Yo no puedo casarme..., porque no sé qué decirle a mi mujer en la noche de bodas.

¡Y esto es horrible!

Ya sé que hay frases como "¡Al fin solos!" y "¿Qué ganas tenía que llegase este momento!", que se usan mucho y dan unos resultados excelentes.

Pero decir esta vulgaridad un hombre como yo, que tiene fama de conocer a cien metros los taxis de cuarenta y de sesenta, es catalogarse de mentecato y de enfermo de los riñones.

¡Y esto, jamás!

FRASES QUE YO HE PENSADO PARA ESA NOCHE Y QUE HE RECHAZADO A LOS DIEZ MINUTOS, POR PARECERME LIGERAMENTE ESTUPIDAS

1.<sup>a</sup>—Una vez solos, ir hacia ella a abrazarla y decirle: "¡Hola, rica".

(Esta le rechacé por insípida.)

2.<sup>a</sup>—Sentarme en un butaca y decir: "¿Qué tarde es."

(Esta le rechacé por idiota.)

3.<sup>a</sup>—Quitarme la chaqueta y decir: "¿Vamos, negra?"

(Esta la rechacé porque me salió del hígado.)

4.<sup>a</sup>—Cogerla una mano y decirle: "¿Estás cansada? ¿Quieres acostarte ya?"

(Esta la deseché por demasiado maternal.)

5.<sup>a</sup>—Esta la pensé en verso para que resultase más bonita. Era así:

"Al fin estamos solos, Enriqueta  
y por eso te voy a hacer una cuarteta.  
Puedes ir quitándote un zapato,  
que yo volveré dentro de un rato".

(Pero no me gustó.)

6.<sup>a</sup>—Esta otra también en verso:

"¡Ya nos hemos casado, Carolina!  
¡En esta casa imperará el amor!  
Pues tenemos alcoba, una cocina,  
un despacho, una sala y comedor."

Y tampoco me resultó bien.

Y me vuelvo loco pensando y, la verdad, no se me ocurre nada.

Además no es esto sólo.

Lo difícil también, es cuando a la mañana siguiente se despierte uno, decir algo apropiado a las circunstancias.

Esto es casi más difícil todavía.

Si se la dice: "¿Qué tal has pasado la noche?" parecería como si la pobre tuviese anginas y yo me interesase por el estado de su salud.

Decirla, "¿Estás contenta?" tampoco me solaza mucho.

Darla un abrazo y un beso y llamarla "chatunga" no es nada distinguido.

También pensé estos versos, pero no me agradaron lo suficiente:

Supongo que habrás dormido satisfecha y encantada, pues he hecho lo que he podido sin escatimarte nada.



—¡No se apuren las señoritas que esta amaestra!

Dib. de Herreros.

Te quiero tanto, chiquilla,  
que no he podido dormir,  
pues te has pasado la noche  
clavándome una rodilla  
muy cerca de la nariz.

Como verán ustedes ninguno de los dos son una cosa definitiva.

\*\*\*

Así es, que yo lo siento mucho, pero no me caso.

Yo no me caso hasta que no se me ocurra algo interesante y nuevo que decirle a mi mujer

Permaneceré soltero toda la vida, no tendré quien me lleve el caldo a la cama cuando esté enfermo, tendré que comer cuando me dé la gana, ir a mi casa por las noches a la hora que quiera, levantarme cuando me parezca, pero no me importa.

Me sacrificaré, pero no me caso.

Yo antes de decir a mi señora: "¡Al fin solos!", cojo una piedra y me doy con ella en la nuez.

Ultimamente he pensado cederle los tres primeros días a algún amigo, y yo posesionarme de mi cargo cuando ya no hubiese necesidad de decirle ninguna frase.

Pero mi familia me ha disuadido de ello, objetando que en seguida la gente me pondría cualquier mote grotesco.

¡Así es que no sé qué hacer!

Ahora voy a merendar, pero ¿y luego?

¡Oh, es horrible!

¡Qué llena de dificultades grotescas está la vida de un hombre, repijota!..

MIGUEL SANTOS.

(Ilustraciones de Mihura.)



Pico 27

...e todos los hombres tienen las mismas intenciones con una.

Dib. de Pico.



## COTILLON

Germana Mauduit, diez y siete años. Raul d'Estainh, veintisiete años. En el baile, durante el cotillón, Germana y Raul dialogan sentados en un rincón. Acaban de bailar.

Raúl.—Esta es ya la tercera vez; señorita, que he tenido la suerte de bailar con usted el cotillón este invierno y me ha causado el mismo placer de las otras veces.

Germana.—Diga usted al menos que se la he causado mayor: sería más galante.

Raúl.—Más galante para esta vez pero no para las demás.

Germana.—Es verdad, he dicho una tontería. Por la noche suelo decirles. Durante el día estoy más aguda. ¿Se distrae usted?

Raúl.—¿Ahora? Ya lo creo...

Germana.—¿Y fuera de aquí?

Raúl.—Depende del tiempo. Cuando es bueno, estoy alegre, cuando llueve, triste.

Germana.—A mí me ocurre todo lo contrario. No me gusta el buen tiempo. El Sol me hace pensar en la muerte. Sí. El cielo azul, las vastas praderas, las mariposas blancas que pululan en verano; todo eso me intimida. Sólo respiro a mi sabor en los días grises, los días de Holanda, cuando hincha el viento gruesas nubes como en los cuadros que tiene papá.

Raúl.—¿Es usted, literata?

Germana.—Ni por asomo.

Raúl.—No obstante, no ve usted las cosas lo mismo que todo el mundo.

Germana.—Me envanezco de ello. ¡Es una ganga! ¿Y, usted, lo ve lo mismo que todo el mundo?

Raúl.—No sé a punto fijo. Habría que interrogar antes a los demás.

Germana.—¿Por qué? Cada cuál advierte perfectamente y por instinto si es o no al uso. ¿Es usted persona al uso? Respóndame con franqueza. No hay en ello delito y no fuera usted el único bajo ese artesonado.

Raúl.—Sospecho que sí.

Germana.—Al menos lo reconoce usted. Le apunto un buen tanto. ¿Qué género viste usted en calidad de profesión? Me lo han dicho y no recuerdo.

Raúl.—Nada. Soy un cero a la izquierda.

Germana.—Rentista de salón. Era infalible.

Raúl.—A veces engancho cuatro caballos.

Germana.—Muy bien, pero enganchar no es trabajo que gaste el cerebello.

Raúl.—No obstante he cursado mi derecho. Fué terrible pero lo hice.

Germana.—¡Dios mío!... ¡Qué atrocidad!... Y para lo que eso sirve después ¿verdad? Un hermano mío navega ahora por el segundo año. ¡Dios me val-

ga!... Si debiera aprenderme esas cosas, preferiría que me decapitasen.

Kaul (Muy amable).—No encontraría usted verdugos, señorita.

Germana.—¡Soberano!

Raúl.—¿Se burla usted de mí?

Germana.—Sin duda.

Raúl.—¿Quiere usted qué bailemos este vals?

Germana.—Hay demasiada gente, prefiero charlar.

Raúl.—Mil gracias.

Germana.—No; porque valsa usted mejor que habla.

Raúl.—Entonces callo y escucho.

Germana.—Le hago enfadar, pero no haga usted caso. Soy así solo exteriormente. El fondo es admirable. Mis confesores me lo han dicho siempre.

Raúl.—¿Se confiesa usted?

Germana.—Ya no. Pero antaño, cuando era chiquita, fui al confesonario muchísimas veces.

Raúl.—Y, ¿por qué ha desistido? ¿Le falta fe?

Germana.—Nada de eso. ¡Jesús, qué dislates! Al contrario... Quizá tenga más fe que cuando muchacha... ¡y por nada, se lo prometo, me desprendería de mis medallitas!

Raúl.—No obstante, esta noche...

Germana.—¡Oh! Exceptúo los días de Opera y de escote pronunciado. Pues usted a buen seguro no se confesará tampoco. Tendría usted demasiados...

Kaúl.—¿Demasiados qué?

Germana.—Pecados.

Raúl.—Qué conversación tan especial, señorita...

Germana.—¿Qué hay de malo en ella? El que nos oyera se sentiría muy edificado. No hay más que un director espiritual potable para una mujer, ¿sabe usted?

Raúl.—¿Cuál?

Germana.—Su marido.

Raúl.—Y si no se trata de una casada...

Germana.—Se aguarda.

Raúl.—¿Tiene usted muchas ganas de casarse, señorita?

Germana.—Así, así. Veo llegar el tren sin miedo ni deseo. No soy como la mayor parte de mis amigas aquí presentes, que están consumiéndose porque no las dicen todavía: La señora está servida.

Raúl.—Tiene usted el derecho de ser muy exigente.

Germana.—¿Por qué?

Raúl.—Porque es usted superior a las demás.

Germana.—¿Qué sabe usted de esas co-



MAS APETITO QUE VERGUENZA, por Santaballa.

—¿Y fué cuando estabas merendando? ¿Y por qué no le dijiste que eso no estaba bien?

—¡Ay, querida; yo no podía hablar porque tenía la boca llena! ¡Era un bocadillo de anchoas inenarrable!



sas? ¡Dios me libre de tenerlas! No me gustan en nadie y si me caso algún día, le respondo que no será con Chateaubriand, sino con un señor muy inferior, muy nulo y muy bueno.

Raúl.—¡Cuidadito! Me está usted dando esperanzas...

Germana.—Si le conociese a usted íntimamente, tal vez no me disgustase sobremedera. Pero de todos modos no creo que eso sea una insinuación.

Raúl.—No lo tema usted, señorita.

Germana.—Veamos qué clase de hombre es usted. Si yo le sometiese a un interrogatorio formidable...

Raúl.—Respondería.

Germana.—¿Sin mentir?

Raúl.—Lo menos posible.

Germana.—¿Es usted bueno?

Raúl.—Tengo cinco perros...

Germana.—Ya es una prueba. ¿Bonitos?

Raúl.—Espantosos. Tres de ellos recogidos en la calle.

Germana.—Me satisface. ¿Es usted económico?

Raúl.—Pródigo.

Germana.—¿Es usted nervioso?

Raúl.—¡Quia!... Permanecería horas y heras enteras sin pestañear ante la piedra que están rascando.

Germana.—¿Su salud?

Raúl.—De hierro.

Germana.—¿Su carácter?

Raúl.—De oro. ¡Vaya cuestionario de altura el que me está usted imponiendo! Sin duda va a preguntarme el color que prefiero y...

Germana.—No. ¿Le gusta la sociedad?

Raúl.—Un poco, porque estoy solo y me aburro conmigo mismo. Pero me doy perfecta cuenta de que si fuésemos dos...

Germana.—Eso basta. ¿Es usted persona de hogar o de aire libre?

Raúl.—Las dos cosas. Pero al lado de una... de quien...

Germana.—De la que... Entendido. ¿Es usted de los que se divertirían con su mujer?

Raúl.—Justo. Con bata o en traje de calle; pero con mi mujer. Nada sin ella.

Germana.—¿Y los viajes?

Raúl.—Si le place, donde le plazca.

Germana.—¿Y su fortuna? Perdón. Ya puede sospechar que me importa tres cominos; pero tengo un papá y una mamá, que se preocupan seriamente de ese ligero detalle.

Raúl.—Habrás cincuenta mil libras de renta; más tarde serán ciento. ¿No quiere usted preguntarme nada más? ¿No le importa saber si hubo algún parricida en mi familia?

Germana.—No.

Raúl.—Mil gracias.

Germana.—Voy a darle a usted la absolución.

Raúl.—No quisiera otra cosa. ¿Y si la confesase a mi vez?

Germana.—Sería muy breve. Ni siquiera habría necesidad de interrogarme. Verá usted, tengo diecisiete años. Soy Germana Mauduit, hija de Mauduit, el de las grandes hilaturas. Llevo en dote



El.—¡Pero mujer, que me tengo que examinar y el Tribunal no espera.

Ella.—¡Pues, por eso! ¡Conmigo lo vas a pasar jamón!

Dib. de Bellón.

cuatrocientos mil francos y luego casi todos mis defectos. No soy bella.

Raúl.—¡Basta!... Miente usted.

Germana.—Le prohibo que me interrumpa. Soy bonita, pero no bella. Creo que no soy mala...

Raúl.—¡Buena!... ¡Requetebuena!...

Germana.—Perdonaría a todo el mundo. Soy ordenada, un poco avara, me enloquece el mundo y sus bailes; pero comprendo que me gustaría el teatro y las tertulias. Me encanta el paseo, me seducen los árboles por la tarde y los pájaros por la mañana; adoro el mar cuando no está al borde de los casinos. La poesía me conmueve y los diarios me horripilan. Mi salud es la suficiente, y mi temperamento sin altibajos. No soy coqueta ni elegante pero tengo la coquetería de la sencillez; tal vez sea peor. Adoro anticipadamente a los niños. Querré mucho a quien me quiera igual. Traeré un alma que nada sabe y que teme adivinar anticipadamente; un corazón bueno y leal que de veras querría no sufrir o al menos no sufrir en seguida... En una palabra: soy muchacha de buena voluntad, que pide a Dios una cosa muy sencilla:

la paz en la tierra. ¡Pero, qué le vamos a hacer! ¡Sólo la prometió a los hombres: no a las mujeres!

Raúl.—Fué sin duda para que ellos tuvieran el mérito y la alegría de darla a su vez. Señorita; estoy muy conmovido... ¿Quiere concederme el próximo cotillón el jueves en casa de los de Mallerman?

Germana.—Concedido.

Raúl.—Y... El sábado en casa de los Rumiéres?

Germana.—También. Se cansará usted de mí.

Raúl.—¡Oh, no! Le estoy obligadísimo, como no puede imaginarlo. Conversaremos ¿querrá usted?... Y muy seriamente. ¿Verdad?

Germana.—Conversaremos.

Raúl.—Me irá conociendo. Valgo más de lo que soy.

Germana.—Mil perdones. Mi madre me está llamando.

Raúl.—Hasta el jueves, señorita. Creo que mi vida ha cambiado de curso (La salud. Ella se aleja con cierta melancólica preocupación. Se advierte que está pensando.) —¿Me decido?

HENRI LAVEDAN.

Se ha puesto a la venta el segundo número de BIBLIOTECA DE COSQUILLAS «Cuentos cinematográficos», por Un viejo Don Juan. **30 céntimos.**





V. S. H.

Radiando los telegramas del raid Argamasilla-Trijueque-Trijueque-Argamasilla, que efectúa medianamente el aviador etrusco señor Vencejez.

\*\*\*

Primero vamos a sacar unas pesetillas radiando unos anuncios que he sacado esta semana a fuerza de hacerme el *pesao* y a precio escaso y vilipendioso (ocho anuncios un real; pero se van a amolar porque los voy a radiar a mi manera).

"¡Novias! Una buena cama es la panacea de la felicidad. Las podéis adquirir por una porquería en casa Sommier. Carretera de Extramadura junto a un establo. Camas doradas a siete duros y once reales. Camas cuproniquelizadas casi de balde. Hay camas en esta casa que si la cliente es guapa casi se le da dinero encima."

\*\*\*

"Ropa interior para señora: Hemos puesto los camisas *fragmento*, a 2,50 y los culotes rosa, a 1,75. ¡Más barato no lo pone nadie! Especialidad en sostenes y bragas: Las bragas las ponemos como quieran las clientes."

\*\*\*

Para durezas dirigirse a la hermosa checoeslavaka Madame Corrusky. Tratamiento caro, pero infalible.

\*\*\*

#### RAID ARGAMASILLA-TRIJUEQUE

Trijueque (7,5 t).—Ya es visible el aparato de Vencejez, que empieza a describir grandes círculos en los que refleja su escama. Alcalde ordena propinar a aviador una gran pita por ver si se atreve hacer peseta. Aviador empieza a descender dando grandes vueltas. Alcalde observa atento menores movimientos aviador. Vencejez muestra mano vendada resultas perdigonada guarda jurado. Pueblo Trijueque depone en parte actitud hostil cambiando insultos progenitores aviador, por parientes más lejanos.

7,40 tarde.—Por fin aterriza Vencejez, tropezando tren aterrizaje cerdo más de treinta arrobas, que hace dar vuelta campana avión, quedando debajo aparato aviador, pero sin sufrir gran daño. Alcalde ordena a alguacil que le pre-

gunte qué tiene, y al contestar Vencejez que *está queriendo de veras*, no le deja terminar y empieza a pisarle cabeza que es lo único que le queda libre presión aparato. Alcalde salva aviador iras pueblo que ignora detalles. Por fin puede hablar aviador escapándosele aire dientes rotos, y dice que *está queriendo de veras salir pronto de debajo aparato*. Aclarado equívoco y movimiento nervioso que le hace encoger todos los dedos mano menos el de corazón, es vitorioso aviador.

8,15.—Se acaba de organizar ensalada monstruo en honor señor Vencejez que ha batido *el record* de resistencia... del tren de aterrizaje ¡porque hay que hacerse la trepanación con los saltos que

ha dado el gachó sin poder despegar de Argamasilla en más de dos horas!...

9 noche.—Abuso escabeche-ensalada y fuerte emoción discurso, ha producido descomposición aviador sin darle tiempo apartarse prudentemente de la reunión. ¡Y *pa* qué les voy a telegrafiar a ustedes!...

Concurrentes creen nauseabundo olor despedido por Vencejez, alusión directa y golpeándole riñones con un pino regulares proporciones.

Inoportuna contracción nerviosa mano derecha hace encoger dedos menos corazón y entonces...

11,50 noche.—Remito certificado calceñín a cuadros único resto aviador Vencejez.



—¿Y por qué te llevas el Polichinela a San Sebastián?

—Para divertirme con él mientras llega mi pretendiente.

Dib. de Picó.





UNA DECISION, por Moliné.

—¿Te he acompañado a tu gusto?

—Estoy encantada. ¡No vuelvo a ser solista!





## Charlas de Incórdiez

MI TÍA LA TARTAMUDA Y EL ARTE DE PONERSE LAS MEDIAS

(Continuación.)

Bueno; cuando me dijo aquello de que el pie se apoyaba, creí perder el escaso conocimiento, pero rehaciéndome un poco, le dije: —Mira, tía; ten en cuenta que tienes unas piernas y unos capiteles, que Demetrio es un *desgraciao* de pensar que jamás podrá dibujarlas que se parezcan. Ten en cuenta que tienes una gachonería en esa postura que me pareces a esa aceituna más gorda que suele aparecer en la ración que todos se... arrojan a ella. Ten en cuenta que estamos solos y que yo me encuentro en este momento que me sueltan en donde estén los sátiros más acreditados y los acocuino. Ten en cuenta todo lo expuesto y, considera lo expuesto que va a ser para tí el evolucionar con la falda bajera a la altura que va a necesitar la conferencia...

Mi tía la *tartaia* además de una *guatez* que contusiona, es de una gracia y de una bondad, que le jura usted que se perece por los niños, y por ella..., vamos que se ía a escribir a París como si la hubieran facilitado cuerda. Pues bien; mi tía, haciendo los posibles por disimular la *sastifación* que le pro-

PRONTO  
FRIVOLA

La gran revista de belleza

Apartado 8.032

ducían mis candentes elogios, dijo haciéndose la boba: —¡Pero, Incórdiez de mi vida, qué tontería...! Yo ya estoy mandada retirar.

—¡No te retires!—le grité agarrándole de un tacón—. No te retires y sigue.

—Yo te decía que estaba mandada retirar; que ya soy una *característica*; que no pueden entusiasmar a nadie mis aspectos íntimos y menos a tí que ya has visto lo tuyo.

—Sí, he visto lo mío, pero hoy quiero ver también lo... ¡Bueno, sigue con la explicación de cómo se han de poner las medias las mujeres bien edificadas, aunque me dé e! sarampión, porque estás hoy como para otorgarte las dos orejas y el rabo y hasta los alguacillos. ¡continúa por lo que más anheles!...

Y continuó:

—Una vez apoyado el pie y levantada la falda o la camisa hasta aquí...

Hasta aquí pude contener yo mi natural impetuoso, pero cuando ella dijo hasta aquí, y yo siguiendo con la mirada a su blanca mano, ví en dónde se detenía, me despojé de la americana y empecé a vociferar que allí no había más decisiones que las mías, y que si patatín y que si patatán; total, que ella feneciente de risa hubo de dejar la falda en su caída natural, amenazándome con no continuar la sesión, si no le prometía una formalidad de notario.

Prometíselo y volvió a poner de manifiesto el regalo de mis ojos. ¡Vaya el regalo! (como dicen en las verbenas). —Mira; la liga debe abuecarse así con las dos manos y debe bajarse hasta poco más arriba de! tobillo, así, ¿te enteras?—y me miraba de rojo conforme estaba agachada, y conforme estaba de descotada que... ¡pero qué barbaridad señores; yo no he pasado en mi vida más ganas de darle trabajo a los dientes; allí no había más que dos caminos a tomar: O tirarse por el balcón o tirarse... por la ventana.

—Entonces—continuó ella—se quita una el zapato agarrándolo así... entonces se baja la media poquito a poco hasta el nie-

Si quieren que les diga a estos-



El.—Usted y yo... uno.

Ella.—Tres.

El.—Uno.

Ella.—Digo que tres duros.

Dib. de Bellón.

des la verdad de lo que medió después que yo la interrumpí en la explicación y la ordené autoritario que adoptara determinada actitud que, si no es muy académica está dando muy buenos resultados desde que Adán y Eva nos metieron en el lío en que nos metieron: si quieren ustedes, digo, que les cuente la verdad en el estado en que mi tía está como para que la ovacionen, lo mejor será que nos citemos en las afueras y les contaré a media voz los pormenores, porque aquí escritos, ¡maná!... me costaría ir a la corbata trágica, y por ahora necesito el pescuezo aunque no sea más que para que se me vea la nuez.

Vuestro hasta la córnea.

INCÓRDIEZ.

FOTOGRAFÍAS  
GALANTES; RARAS  
Hermosas colecciones

10 Pesetas en sellos de Correos.  
Escribid a Excelsior, Poste Restante Central.

BORDEAUX (Francia)



## ¡Cuidado con los anuncios!

Hay en esta maleta rotativa cosas más sabrosas que una butifarra catalana y una de ellas es la última plana de algunos diarios cortesanos. En esa sección económica se le sirve al público una ristra de anuncios que, a juzgar por el contenido, Madrid es una Jauja sin explorar. Allí, desde la modesta maritornes que se ofrece para *todo* sin exigencias reprobables hasta la viuda en estimable uso que ofrece hueco a caballero formal (esto como condición principalísima), desfila toda la gama del vicio urbano con sus intrigas, misterios y trapi-cheos, que no son pocos, gracias a Jehová.

Las citas al billete número 10101 capicúa, los encargos al continental del amor apartado 776 y otros sitios no menos misteriosos hacen época y menos mal que hace tiempo se puso coto al abuso suprimiendo para estos escarceos la socorrida lista de Correos, pues había quien se pasaba de lista y llegaba a la Prosperidad.

Yo me he alegrado de esa supresión para que rabien más de cuatro potrosos de esos que tenían el don de catequizar jamonas al primer papeo, aunque por otro lado lo he sentido (esto de sentirlo por otro lado es hiperbólico), por si se me presenta ocasión de hacer carambola con alguna dama de esas que toman a los hombres como los edredones en pleno invierno: no se conforman con tenerlos a los pies del catre.

Volviendo a la introducción no me negarán ustedes que eso de los anuncios se presta a escenas de vaudeville como lo voy a relatarles.

Yo tengo un amigo empleado en Hacienda a quien le ocurrió un suceso pintoresco.

Al hombre le hacía falta una patrona, pero, a poder ser, que no perteneciese al grave cuerno de carabineros por aquello de que para cuatro miseros días que va uno a pernoctar en este cofre no hay por qué estar viendo de continuo carátulas en ácido acético.

Para ello repasó la última plana de un popular diario y entre los once mil y pico de anuncios en él insertos encontró el siguiente:

“Señora joven viuda, discreta, cederá a caballero ídem un hueco en alquilel *con o sin*. Precio módico.”

A mi amigo le pareció de contenido de ostras aquella viuda que hacía tan atrayente cesión y acudió a su casa de la calle de Barbieri.

La dueña del inmueble y de los muebles, era una dama de unos treinta años, que quitaba el hipo de guapa y la habitación en arriendo era muy mona... En fin, que todo estaba en orden.

A mi amigo le gustó, y preguntó el precio:

—¿Con o sin?—replicó la dama.

—Con—contestó mi amigo.

—Seis cincuenta diarias.

—Es mucho.

—Repáre usted que es *con*, y que lo que yo doy y en las condiciones de higiene que lo doy no hay pupilera que lo dé en Madrid.

Hubo discusión..., regateo..., hasta que, al fin, se arreglaron en seis pesetas.

Mi amigo se instaló el día siguiente en su nuevo hostel. Acomodó sus bártulos, no muy numerosos; desayunó y fué a la oficina. Mediado el día volvió a comer, y a la noche, sobre las nueve, acudió en busca de la cena.

Después de cenar muy bien mi amigo, se retiró a descansar.

La patrona, al ver que hacía mutis tan pronto, le interrogó:

—¿Se retira usted ya?

—Sí, señora. Tengo que madrugar mucho.

—Pues ya sabe usted cuál es su dormitorio; todo en él está preparado. Yo, con su permiso, me quedaré un rato repasando esta ropa. No tardaré en acostarme también.

Mi amigo se retiró a su cuarto. Desnudóse, zambullóse en el casto lecho y durmióse como un ceporro de los más espigados, pues según confesión propia tiene un sueño que deja en mantillas a las clásicas marmotas.

¿Cuánto durmió? No lo sabía. Lo que sí supo es que en una de las varias vueltas que dió en el lecho, pues duerme como los peones, tropezó con un objeto simular a él que reconoció en la obscuridad gracias a su fino tacto como el de la pupilera.

Al día siguiente en la oficina mi amigo contaba el caso no sin cierto deleite. Y a preguntas de extrañeza lanzadas por sus compañeros replicaba en plan de lógica explicación.

—Bueno es que habéis de tener en cuenta que yo el ajuste lo hice *con*...

Al oírle otro compañero dió un salto y cogiendo su sombrero hizo intención de salir bruscamente y con cierta agitación.

—¿Dónde vas?—preguntó mi amigo asombrado.

—A deshacer el ajuste de una habitación que he hecho esta mañana.

—¿Por qué?

—Porque también la he ajustado *con*... pero mi patrona es... ¡un mozo de carga de la estación!...

FIDEL PRADO.



—... sí, señor, todavía tengo una niña de pecho.

—¿Sólo una?

Dib. de Montero Bosch.

## Regalo de nuestros dibujos originales en color

EN LA PROXIMA SEMANA PUBLICAREMOS EL NUMERO, QUE, PARA EL SORTEO DE LOS DIBUJOS HA CORRESPONDIDO A CADA SUBSCRIP-TOR





## CRONICAS CAFRES

¡Zorrusqui chinfalla de la chufilla!...  
¡Cafarcia, melarcia de la toparcia!  
¡Ajú, ajú!... Que el dios de las tempestades de guisao no os desampare y os inunde de vez en cuando. Que las zagalas os regalen con lo mejor que tengan sin estrenar... ¡Qué no os pase nada monines!

¡Rediez que trabajo tan penoso es el escribir para un cafre como éste que os ve la m, y se tapa las narices! Bueno, es que me paso la mano por la frente y me chorrea, y por dondequiera que me la paso me chorrea el sudor. Vosotros los habitantes de la hermosa España no sabéis lo que tenéis con vivir en tan templado clima. ¡Maldito sea el santón de mi tribu, que malas lenguas dicen que visitaba mucho a mi oronda mamá!... ¡Qué calor rebanana!

Vosotros que ahora, por imposición de la moda europea podeis ver a las hermosas mujeres blancas casi con la misma ropa en que yo veo a mis compatriotas las mujeres cafres, repito que no sabéis lo que tenéis. Si yo estuviera con vosotros sabría lo que tendría y hasta lo que tendrán ellas.

Pero no puedo ir a Europa con el traje que uso para andar por casa porque una de dos: o me facilitaban un pantalón de lo más *chanchullo* posible, o no podría circular si las cosas en Europa son como he visto en unas revistas que han venido a parar a esta aldea cafre. Como soy más inteligente que la madre que me parió, he comprendido en seguida que no se trataba de revistas *fonográficas* o *pornográficas*, no; son revistas *decentes*, pero hay cada fotografía de grupos de señoras sentadas con una *pata* encima de la otra, enseñando hasta el segundo apellido, que... ¡Vamos; que he estado a punto de ir a nado!

Pero me ha dicho el jefe de la factoría más próxima que con el traje que tengo no puedo embarcar. ¡No! ¡pegué un *zurrio* por si me pegaba un

tiro!... ¡Vamos que decir que no estaba presentable para Europa!...

No llevaba encima de mis carnes más que un cuello de pajarita y una corbata, ¡Pero había que hacerse eso con la

corbata! ¡Una corbata a lunares que quitaba la cabeza y casi todo el pescuezo!

KARABA.



—Les voy a explicar a ustedes el modo con que este verano saludaremos las señoritas a los caballeros.

—Nosotras nos recogeremos un poquito la falda e iniciaremos una leve reverencia con la flexión de las piernas y llevándonos la mano derecha al sombrero... Ellos también se llevarán la mano; pero no estoy segura de si al sombrero.

Dib. de Demetrio.





NORMA SHEARER

La hermosa actriz cinematográfica nos hace el honor de dejarse ver en esta foto con la más original y elegante indumentaria; pero dejemos a un lado la indumentaria por tratarse de la bella actriz y comámonos con los ojos esa boca fragante y esos ojos azules y esos hombros de perdición. ¡Ay, qué hombros! (¡Bueno, se me acaba de ocurrir una cosa, que yo mismo me he ruborizado!) Vuestro y de ella,

Foto *Cinema*. Príncipe, 12. Madrid.

INCÓRDIEZ.





BIBLIOTECA  
DE Cosquillas

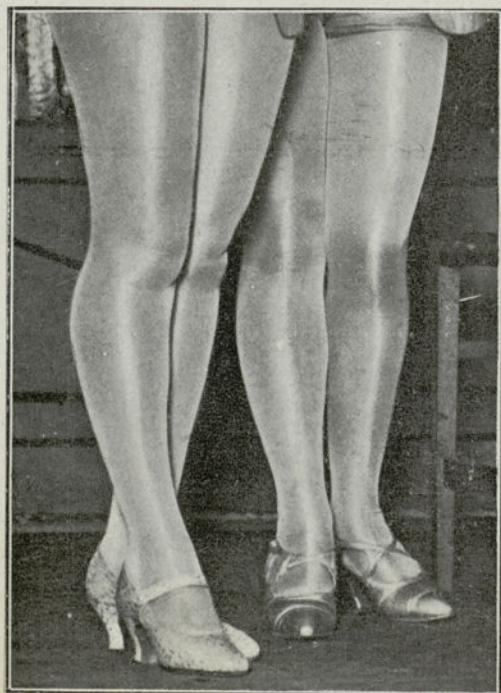
**Cuentos cinematográficos**  
**Por UN VIEJO DON JUAN**

CON UN PRÓLOGO DE  
INCÓRDIEZ

30 cts.



EL ÚLTIMO GRITO DE LA MO-  
DA EN FALDAS LARGAS



CONCURSO DE  
PIERNAS, PRIME-  
RAS ZONAS DEL  
MUSLO Y PIN-  
RELES

